

# Ynduráin en mi recuerdo

MANUEL ALVAR

Por 1940 el Instituto Goya era un centro de honda significación cultural. Allí había maestros de muy variadas disciplinas que influyeron no poco en el quehacer de sus alumnos: Allué, Baratech, Moreno Alcañiz. Pero lo que vino a cambiar el destino de muchos de nosotros fue la llegada de José Manuel Blecua y, después (yo ya no lo alcancé), de Eugenio Frutos. Para nosotros los años de la guerra se convirtieron pronto en una remota pesadilla: el entusiasmo por cuanto podíamos (y debíamos) hacer se antepuso a cualquier otra preocupación. Vivimos muy duramente la guerra y muy duramente nos asomamos a la paz. Pero la continuidad de nuestro quehacer académico brotaba insensiblemente y nosotros éramos arrastrados por unas limpias ilusiones. Familias, amigos, condiscípulos habían sufrido y nosotros con ellos; sin embargo, nos dábamos a la vida —dicen los sabios indios— como el mar a las arenas. Supimos pronto qué era el trabajo bien dirigido; la forma de llegar a un fin, sin armas de combate y sin protecciones de otro tipo que las que podían darnos algunos maestros, que —tal vez— estaban marginados. Pero ninguno de ellos hizo ostentación de sus dificultades ni tuvo para nosotros otra cosa que el gesto esperanzado o la sonrisa tranquilizadora.

Con este bagaje de esperanzas y de ilusiones llegamos, en 1941, a la Facultad de Letras. Pero la Facultad de Letras era un esperpento. No puedo comprender cómo coexistían en la misma ciudad dos instituciones tan poco parecidas. No generalizo, hablo sólo de los estudios comunes que son los que cursé en Zaragoza. Me veo obligado a hablar de cosas que me molestan, pero alguna vez hay que limpiar la sentina de la nave y salvar lo que deba salvarse en la memoria perdurable. Teníamos un profesor de historia que nos puso de libro de texto un

esmirriado manual de bachillerato. Cada día elegía ocho alumnos que, al día siguiente, y al pie de su mesa, debían exponer la lección. El maestro apostillaba con toda discreción. Recuerdo la más sagaz de sus adiciones: una vez fue a Oslo y vio a una mujer con pantalones. Su auxiliar —estaba vinculado a una panadería— no explicaba el reinado de Isabel II; según su pudibunda didascalia, había que correr un tupido velo sobre él para que no se escandalizaran las señoritas que, entonces, eran la reserva moral de Occidente. En latín y griego no había catedrático; el auxiliar tenía mucho trabajo y la Facultad estaba lejos: llámenme los días que no quieran clase y así no perdemos el tiempo. Era verdad, en el examen final de segundo curso, leíamos la antología del P. Goñi: los alumnos no sabíamos que ΣΩ, la abreviatura de Sócrates, no debía leerse *eo*. Vino un catedrático de latín y las cosas no mejoraron; estaba aterrorizado: los rojos, para mostrar su respeto a las ideas religiosas, sacaron a la luz el tratado de San Ildefonso sobre la Virginidad de María y lo habían difundido por todo el mundo. El clérigo no daba pie con bola y nosotros tampoco: se enfadaba, le iba a contar al rector que traducíamos mal y nos dejaba cimarrones en el Aula Magna. El panorama era desolador y los emigrantes aumentaban. Un día tuvo una peregrina idea: que le entregáramos las fichas de los presentes; lo hicimos, pero al contar había tres veces más papeletas que alumnos. Sagazmente descubrió que cada uno de nosotros había puesto cuantas le vinieron en gana. Entonces recurrió a otro meditado recurso: leía nombre y respondíamos con el apellido; hubo un momento de grave tensión: Félix Monge-Casao. (Remusgos, risas contenidas). Jerónimo (y se levantaba un clérigo con ropa talar) Escura. Estalla la iracundia: ¡Idiota, se cree que no lo veo! —Sí, claro, pero es mi condición. Por las lenguas vivas las cosas no iban mucho mejor: Rían, cataplán, leís el francés como mean los tocinos, a golpes. Hubo, menos mal, un magnífico profesor en Historia del Arte, y luego otro de Historia.

En aquel curso éramos alumnos (cito por orden alfabético los que llegamos a catedráticos universitarios): Alvar, Bosque, Bueno, Buesa, Floristán, Láscaris, Lázaro, Monge, Ubieto. A pesar de los pesares, habría que creer en los milagros. Y el milagro se llamó don Francisco Ynduráin. Era el nuevo de Literatura. Apareció en aquella Facultad y quedamos atónitos; eso es lo que estábamos esperando: un profesor que supiera escuchar, generoso de su saber, equilibrado en su persona. Era el nuevo catedrático que iba a dar su primera clase en

Zaragoza. Apareció con su aire de pelotari oxoniense, con su corbata amarilla de cuadros escoceses, con su americana deportiva de espiguilla marrón. Tanta incertidumbre empezó a disiparse. Comenzó a hablar de la épica castellana: las púberes canéforas no acertaban a copiar apuntes y los mozos, ostensiblemente favorecidos, tomaban partido por el nuevo profesor. Porque aquel maestro recién llegado hablaba de forma distinta: su voz en nada se parecía a las voces que se escuchaban en la Universidad de 1941; el rigor de las palabras, la exactitud bibliográfica, el rechazo de los manuales, la exigencia del trabajo puntual. En una triste Universidad, las clases de Ynduráin eran las únicas que mantenían nuestra fe y nuestras ilusiones. Y lo fueron otras muchas veces y lo fueron hasta aquel día de finales de agosto en que yo me iba a Estados Unidos y quise decirle que no se nos pusiera triste, que eran puros mimos, pero me quedé preocupado. Desde Albany le escribí, pero —tan puntual siempre— ya no contestó a mi carta.

Más de medio siglo de unión me permite hablar del hombre, del maestro y del investigador. No sé si alguien podrá hacerlo con tantos motivos porque los dados cayeron en mis manos. Debo hablar del maestro. Yo seguí con fidelidad sus enseñanzas. Descubrí, cuando supe más de lo que entonces sabía, que don Paco representaba a la escuela española de Filología, con independencia en muchas cosas, pero su puesto estaba en ella. Esto viene a cuento con algo que en muchos sitios es impensable. Nadie duda del saber literario de Ynduráin, pero ¿el lingüístico? El segundo curso de los estudios comunes lo dedicó a explicarnos gramática histórica. Así fue por extrañía que parezca. Lo hacía con saber, leyendo textos, enseñándonos aquella álgebra combinatoria que parecía tan difícil de seguir. Pero logró entusiasmanos y, si de algo vale, diré que de aquellas enseñanzas de 1943 salieron dos catedráticos universitarios, precisamente, de Gramática Histórica: Tomás Buesa y yo. Lo que acabo de decir me ayudará a explicar las tareas investigadoras del maestro, que empezaron con estudios lingüísticos a los que luego abandonó. Pero quiero decir que Ynduráin estaba al tanto de lo que se hacía por el mundo en unos años en que España padecía marginamientos. Acaso alguien se extrañe hoy de nuestra falta de libros, de las monografías sin traducir, de algún profesor al que, al preguntar por un manual de filología románica, le dijeran: Use el Meyer-Lübke; y, tembloroso, preguntara: ¿El de Meyer o el de Lübke? Don Francisco también sabía la lingüística

de su tiempo y me puso en contacto con los maestros alemanes que luego enderezaron mis pasos: Alwin Kuhn y Gerhard Rohlfs. Quiero insistir en lo que esto significó en la Facultad de Zaragoza y cómo lo pagó con molestias y dificultades. Ynduráin fue un gran maestro. Y aquel hombre al que muchos veían lejano, con sus discípulos tuvo ternuras paternales, que en eso consiste el magisterio, y, si no, que venga en mi ayuda el maestro Covarrubias. Recuerdo un día que nos conmovió. Yo era catedrático hacía tiempo y me trajo desde Granada. Me llevó a la clase donde seguíamos sus lecciones, no al aula de las solemnidades, sino a la clase aquélla del pasillo junto a la secretaría de entonces. Era mi clase. Dijo esto: «Aquí Elena y Manuel Alvar se sentaban juntos cuando eran como ustedes». Se levantó y fue a sentarse en el mismo pupitre donde Elena estaba sola. Acabó la clase y nos hizo el regalo que más podría emocionarnos. Habían pasado unos buenos veinticinco años y dio un sobre a mi mujer, la novia aquella a la que yo le tiraba del pelo en clase: «Te los estaba guardando, Elena». Eran los tres trabajos que en 1941 yo le había presentado: comparación de unos ejemplos de don Juan Manuel y el Arcipreste de Hita, la musicalidad en las *Coplas* de Jorge Manrique y un estudio de la *Crónica Troyana* polimétrica. Sí, éstos eran los trabajos que hacíamos en clase con don Francisco cuando estudiábamos primer curso de la carrera. ¿Qué maestro enseñaba, o enseña, tanto? Vi mis trabajos y en el silencio quise rendir mi homenaje al maestro: ahora se explica el porqué de mis *Dos modelos lingüísticos diferentes: don Juan Manuel y Juan Ruiz*, que publiqué en el homenaje a Coseriu. Ynduráin había estado junto a esos dos alumnos suyos, que siguen unidos, aunque la vida los haya azacaneado hasta los confines donde el mundo pierde su figura.

Llegó el momento de dejar Zaragoza. Vete a Salamanca. Y me fui a estudiar a Salamanca con maestros que lo habían sido suyos. Y él me abrió todas las puertas. Salamanca fue la gran decisión de mi vida. Eran años difíciles y los libros escaseaban. Don Francisco trabajaba en los comediógrafos anteriores a Lope y yo le traía el Crawford que en Zaragoza no estaba y yo llevaba para Ramos la *Eminencia gris* de Huxley, para García Blanco el Iorgu Iordan, anotado por John Orr, y, el trimestre que encartaba, *Der Hocharagonesische Dialekt*, de Kuhn. También un día llevé una carta que no se atrevió a confiar a nadie: había firmado un manifiesto monárquico y las revistillas locales hacían escarnio de quienes consideraban disidentes. Ynduráin quería

dar cuenta de todo a don José María Ramos Loscertales, el gran profesor y excepcional maestro, al que ambos —Ynduráin y yo— estuvimos unidos mucho más allá de su muerte. En la última conversación larga que tuvimos, Ramos estuvo con nosotros: Ynduráin me contaba cosas que yo no podía saber y que me hacía más luminosa la figura de aquel hombre de excepción.

En 1945, recién acabada la carrera, me nombró ayudante suyo en los Cursos de Jaca. Hay que hablar otra vez de dificultades, pero conocí entonces a Bernard Pottier que, durante medio siglo ha sido, y es, mi amigo entrañable. Jaca fue el comienzo de mi vida docente: aún recuerdo cuando, en la estación de Sabiñánigo, me quedé sólo en el vagón de tercera, y aquel día era un 8 de julio de 1945, yo cumplía veintidós años. Pero Ynduráin jamás olvidó su condición de maestro. Se había creado la Institución «Fernando el Católico» y allí estuvimos juntos todos sus alumnos. Me había encargado un inventario de las etimologías aragonesas de la RFE y en los huecos que en Salamanca me dejaban las traducciones de Plauto, de Persio o de Tácito, iba haciendo las papeletas de todos aquellos tomos. Nunca le agradeceré bastante haberme hecho leer todos los tomos de nuestra revista y el haber conseguido que me familiarizara con términos y nombres ejemplares. Pasaron los años y don Francisco se fue distanciando de la lingüística: había dirigido siete volúmenes del *Archivo de Filología Aragonesa* y en 1955 me entregó los trastos, y ya vamos por el tomo 51. No acaban aquí las cosas: quiso que la Universidad de Cantabria contara con una obra grande de lingüística. Me pidió que le preparara el proyecto de un atlas, pero... las cosas se enmarañaron. Creo que hace diecisiete años que lo empecé, está a punto de salir, pero nunca interesó gran cosa a las instituciones montañesas, ni a las oficiales ni a las otras. Dejemos descansar al maestro. [El *Atlas* está en la calle].

Un día de 1952 iba yo a París. Mi estancia se vislumbraba larga. Como aquel día en que me entregó la carta para Ramos Loscertales, ahora me confió otro propósito: Busca a Quiroga Pla, el yerno de Unamuno, y dile sólo esto: «Estoy donde siempre estuve». Tan pronto llegué recurrí a amigos míos; la mujer de uno de ellos trabajaba en la ONU y me trajo la dirección de Quiroga Pla, pero Quiroga no quiere saber de España, Quiroga no te recibirá o peor, Quiroga... Dos líneas, dos líneas sólo: «Mi maestro don Francisco Ynduráin me encarga decirle que él está donde siempre estuvo. Vivo en la Casa de España de la Ciudad Universitaria. Suyo, Alvar». Aún no habían pasado vein-

ticuatro horas y yo subía, por vez primera, los peldaños de Felix Ziem, 7. ¡Cuántas veces después! Nuestras conversaciones eran largas, muy largas. Quiroga estaba ciego, sólo a contraluz veía las sombras: póngase de perfil en el balcón, debe tener los años de mi hijo Miguel. Sin querer le había reavivado los recuerdos familiares: su esposa Salomé, muerta tres años antes que Unamuno y cuya sepultura se abrió para recoger el cuerpo de don Miguel. Hay un impresionante soneto que lo recuerda. Y otro del hijo que crecía lejos de su cariño:

Cuanto más creces, hijo, más separa  
—no sé si rencoroso o justiciero—  
el azar nuestras vidas, y más quiero  
adivinar los rasgos de tu cara.

Un día me preguntó: ¿Podría llevar a mi hijo algún dinero sin que nadie se entere? Y, en Salamanca, en casa de Zamora Vicente, cumplí el encargo. Quiroga me contaba historias de la resistencia: las ametralladoras que pasó con su mujer (ésta enferma de cáncer), las reuniones con Marcel Bataillon, la visita de Rafael Alberti, que no gustó de *Vivir al día*; los libros que me dedicaba: póngame el dedo para que yo no me salga de la línea; y escribía en renglones torcidos: «A mi joven amigo Manuel Alvar, con el cariño paternal de José María Quiroga Pla. París, julio 1953». Ahora aquel hombre me recuerda a su amigo Francisco Ynduráin, sobre todo en los escasos tiempos de soledad total, cuando Dora se había ido. Al frente de *Morir al día*, dijo José M. de Semprún Gurrea: «*Morir al día* de un azaroso vivir al día, ahogado de recuerdos por entre los que, alba dudosa y pálida, persiste la esperanza de abrirse camino desesperadamente».

Quiroga también me contó cosas que tenían que ver con nuestra literatura. *La agonía del cristianismo*, es cosa sabida, se publicó primero en francés y se perdió el original español. Entonces él retradujo unamunescamente el texto y procuró asimilarse el estilo de su suegro. Lo que hoy leemos no es, pues, lo que don Miguel escribió sino lo que Quiroga rehizo. Hoy podríamos tentar un apasionante trabajo: ¿hasta dónde llegó el mimetismo? La comparación no es difícil, pues Josse De Kock, el hispanista belga, ha preparado las concordancias de los artículos periodísticos que don Miguel publicó por aquellos años. La última tarde que estuve con Quiroga fue triste; él ciego, su

mujer con pocas esperanzas de sanar, el temor de que al hijo lo hicieran un fruto más de las circunstancias españolas. Dígale a Ynduráin que yo también estoy donde siempre estuve.

Sí, Ynduráin estuvo siempre en su puesto. Los demás, no. Y ésta es la triste historia de su tentativa académica. Lo engatusaron, le ofrecieron el mejor de los éxitos, pero a la hora de presentar su candidatura fui el único que se mantuvo en su puesto. Hacía poco que yo había ingresado en aquella Casa y preparé la candidatura de don Francisco. Pedí a José Antonio de Zunzunegui que la firmara: «Sí, lo conozco hace años y siempre me ha tratado bien». En la presentación de una literatura que don Francisco dirigió y cuyo primer tomo organicé yo, estaba don Emilio García Gómez, con quien nunca había hablado. Nos presentó Ynduráin y yo gocé de la fidelísima amistad del gran arabista. Me fui a él con la candidatura: no quiso leerla. «Firmaré siempre lo que tú me presentes». Y ahí está el pliego con los nombres de García Gómez, Zunzunegui y el mío. Otra cosa se ha dicho, pero es falso. Nosotros tres. Y don Francisco no fue elegido, me cupo el amargo trago de darle la mala noticia. Una vez más me acordé de aquella anécdota que atribuyen al conde de Romanones y años después comprobé en mi carne el juicio sobre algunas tropas. Lo comprobé en la capilla de nuestra Facultad de la Complutense, tan pequeñita, y escasamente mediada el día del funeral por don Francisco. No estaban ni siquiera los que quisieron escribir el prólogo a su homenaje.

Porque resulta que fui yo quien abrí aquel volumen. Lo he contado: las líneas pudo haberlas escrito otra persona y, sin embargo, me cupo a mí el honor. El honor, lo dije, se llamó canícula. Los grados treparon por la columna del termómetro y la dispersión de los colegas se aceleró. A la imprenta le entraron muchas prisas. Y Fernando de la Granja me llamó. (Eludo toda exégesis). Escribe el prólogo, pero, Fernando, que lo haga otro, el honor debe compartirse. No, no, imposible. La imprenta no espera y eres el único con que cuento en Madrid. En mis manos quedó aquel precioso regalo. Otro día, acompañado por Antonio Prieto, le llevamos el volumen. Apenas había llegado a casa, me telefoneó. Con la voz de las solemnidades me dijo: «Manolo Alvar, me has emocionado. Estoy emocionado. Adiós». Y colgó el teléfono. Habían pasado cuarenta y tres años desde el día aquel en que vino a hablarnos de la épica española, pero maestro y discípulo se conocen bien y saben que las palabras sobran.

He dicho que don Francisco representaba —con la independencia que siempre tuvo en todo— a la escuela española de Filología. Nos dio muchas pruebas de ello, aunque luego fuera apartándose de los estudios más o menos arqueológicos para centrarse en la literatura actual. Cuando escribo estas líneas tengo entre mis manos su *Contribución al estudio del dialecto navarro-aragonés antiguo* (Zaragoza, 1945). Merece explicación. La Institución «Fernando el Católico» se había fundado pocos años atrás. Lógicamente, su interés se centraba en Aragón. Este libro, tesis doctoral en su día, es un análisis del *Fuero General de Navarra*. Pienso que para atender a ciertos deseos localistas apareció con ese título que nos resulta un tanto ambiguo, pero bien claramente se intenta poner las cosas en su punto: «Ver hasta qué punto pudieran distinguirse, dentro de la unidad dialectal navarro-aragonesa, algunas peculiaridades más propiamente navarras». Las palabras del prólogo son sensatas y ponderadas. No voy a descender a cuestiones técnicas, que quedan fuera de lugar, pero sí quiero aducir un breve texto que nos muestra el saber del joven autor y el acierto de seguir un camino y no otro: «¿Habría que justificar la aparición de un trabajo más según los métodos que las ya no modernas tendencias lingüísticas «idealistas» vinieron a superar? Digamos sólo, de pasada, que uno y otro método nos parecen legítimos y ambos con derecho y aun obligación a la convivencia dentro del campo de los estudios lingüísticos, en que no son, además, únicos». Las conclusiones a las que llega tras su pormenorizado análisis son que se trata de un texto «hasta cierto punto castellanizado», que permite seguir creyendo en la unidad lingüística navarro-aragonesa, por más que apunten rasgos específicamente navarros. Aparte hay que señalar la personalidad de algún manuscrito del *Fuero*, concretamente el 3 de la Cámara de Comptos. Ha pasado mucha agua y el *Fuero General de Navarra* ha sido asaeteado desde diversos puntos, pero la doctrina de Ynduráin se mantiene en pie. Su estudio fue un estudio pionero de la lengua en las grandes compilaciones legales, tal y como se llevó a cabo por la escuela sueca de Gunnar Tilander (*Fueros de Aragón de 1344*, de la *Novenera*, de *Teruel*, del *Vidal Mayor*), por Jean Roudil (*Fueros de Baeza, Alcázar y Alarcón*), etc. Pero creo que el estudio de Ynduráin salió de la escuela de Ramos Loscertales; el gran medievalista siempre tuvo proclividad por estos viejos textos legales (*Jaca, Viguera, Val de Funes, Sobrarbe, Sepúlveda*) y fomentó su estudio entre los estudiantes salmantinos (*Fuero de Tudela*, el propio de *Viguera*), pero no anduvo afortunado. Nos quedamos con esta primicia que es el estudio



de Ynduráin, anuncio de otros muchos trabajos sobre el *Fuero General de Navarra* en el que figuran los nombres de Lacarra, Martín Duque, Viñes, Líbano; etc.

A este positivismo lingüístico aún hubo de dedicar estudios etimológicos, notas sobre frases nominales, sobre madrileñismos, sobre la composición de verbo más nombre... Pero se fue desviando hacia el estudio de motivos lingüísticos en grandes escritores (Galdós, Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna).

Llegamos así a sus estudios literarios. No hubo campo de nuestra historia cultural en el que no fijara su interés, porque Ynduráin veía los textos como criaturas en sí mismas, no como pretextos para exhibiciones eruditas (por más que la erudición sea necesaria, pero sin exhibición). Discurriendo sobre sus libros pienso en el significado de los títulos: *De lector a lector*, por ejemplo. Al frente de uno de sus libros escribió: «Sin adscribirnos a escuela o maestro exclusivos, se ha tratado de aprovechar los medios que cada uno haya proporcionado y esto sin renunciar nunca a ensayar la visión personal, atenidos al texto estudiado. No es eclecticismo de actitud previa, en todo caso, sino de resultado al notar el fenómeno literario [...]. La literatura sólo se 'realiza' y hace actual en y por el acto de la lectura y para cada lector». Estoy de acuerdo porque para mí leer es una apasionante ocupación, o un vicio impune, como también se ha dicho. Acaso uno resulte de la otra, y válganos el testimonio de Alonso Quijano. Porque leer —y sigo de acuerdo con Ynduráin— es un ejercicio personal que multiplica nuestra condición humana, siempre y cuando nuestro mudo compañero sea capaz de despertar sentimientos adormecidos; vicio, si es hábito insensible o pasatiempo trivializado.

Estoy concorde con Ynduráin cuando en otro momento apunta que la experiencia de cada lector «se da como insustituible». Porque la lectura no es el crucigrama que en cada casilla exige un signo y el conjunto es fósil inmovible. Porque todo cuanto hace un lector no es sino descifrar un mensaje, que no se escribió para él, pero que ahí está como la falla que descubre el terreno y que habla. Es cierto que al transmitir nuestra lectura queremos «estimular otras [...] enriquecidas de sentidos y goce intelectual». Entonces no caben las frías objetividades, pues el hombre no es una criatura sin amor: el mensaje tiene muchos misterios recónditos que debemos sacar a la luz, y no pocas ambigüedades, como Empson enumeraba para la poesía. Nosotros,

lectores, damos claridad a la lectura, aunque esa claridad no valga para otros (como diría Ynduráin, «uno es intentar, otro conseguir») o no nos valgan a nosotros las claridades de los demás. Leemos y nos identificamos o sentimos repudio. Se nos hace la vida y en una congoja insaciable buscamos los caminos que nos la han hecho, los que hacen ser lo que somos.

Leyendo estas meditaciones de Ynduráin pienso que un día, niño aún, leí una quintilla de Lugones en mi libro de preceptiva literaria. No hace falta decirlo: no sabía nada de nada; pero aquellos versos mutilados, en unas páginas que habitualmente poco significan, de pronto me soliviantaron: recuerdo, en las dársenas quietas sueñan oscuras goletas con un lejano país. Tenía un diccionario de bolsillo, era el inicio de mi bagaje cultural: *dársena*, *goleta*. Sí, ahí estaban. Y me quedé con el lejano país. Después he visto cuadros de luces tamizadas, de pescadores absortos, de gaviotas desazonantes. ¿Era un lejano país? Lo que aquel niño no podía imaginarse es que los países lejanos iban a ser la realidad repetida de su vida. Y otro día, cuando el cansancio de las tierras le daba recuerdos y nostalgias, se dedicó a estudiar un solo, y prodigioso, libro. Era del siglo XIII y encontró en él ternura a raudales, la emoción incontinida de ser fiel a la esposa, la suave melancolía de no saberse seguro. Acaso, pienso, era el retrato perfecto de un intelectual. Ynduráin había dicho cosas parecidas con su habitual buen tono: «Cada saber tiene el grado de certeza que le corresponde, y el nuestro es sobremanera opinable: ahí está su atractivo y riesgo [...]. Acaso quede siempre, irreductible, una zona inaccesible, de puro misterio».

Don Francisco quiso aplicar las más nobles facultades del hombre (habló de inteligencia, imaginación, sensibilidad) para ejercer la crítica literaria, y acertó. En este sentido, para mí no escribió nada tan profundo como su ensayo *Sociología y literatura*. Problema paralelo al de *Sociología y lingüística* que también le preocupó. Organizó, en Zaragoza, unas jornadas de sociología y literatura y quiso que yo las inaugurara con una lección sobre sociología y lingüística. Ciertamente tenía coherencia el planteamiento de Ynduráin. Pero enseguida se le suscitó el problema de literatura y sociedad, socioliteratura, sociología de la obra literaria. Evidentemente son tres métodos —con su parangón lingüístico— de un proceder especulativo. Ynduráin sabía muy bien lo que se hacía en los países que culturalmente cuentan. La historia de las diversas tendencias no está —como suele ser al uso— en un

enunciado mejor o peor ensamblado de doctrinas ajenas, sino que es la meditación sobre un principio fundamental: qué es sociología y qué es literatura. Resuelta la cuestión previa será más fácil entender sus mutuas implicaciones. He trabajado en la teoría de la comunicación desde la evidencia lingüística, pero para mí resultó sorprendente ver cómo Ynduráin suscitaba el «circuito completo de la producción y consumo de la obra literaria»; es decir, había llegado a la tesis de Lasswell que tenía una total aplicación: «qué dice la obra literaria, cómo, a quién, dónde y con qué resultado»; lo que para mi maestro podría resumirse en tres factores que nunca faltan: autor, mensaje, receptor. «El autor es, desde luego, un individuo socialmente condicionado sin que ello suponga que aceptemos una determinación *a priori*, necesaria y total». Este planteamiento tiene antecedentes en las obras de Taine cuando hablaba de medio, momento y raza como ajenos al individuo, pero que lo condicionaban. Pienso que esta teoría pudo conocerla en sus años salmantinos en los planteamientos de Sauer, Gundolf o Marholz y antes que Ermattinger y demás corifeos fueran traducidos al español. Surgió entonces la notoria tesis del estudio de la obra literaria como reflejo de estirpes y paisajes, lo que, si facilitó la comprensión e individualización de los escritores, tuvo también gravísimos riesgos que desembocaron en el nazismo. Ynduráin sabe todo esto y lo aplica a los compromisos del escritor, pero de inmediato al autor, comprometido o forzado por un ambiente, se le suscita la cuestión primordial de qué es literatura y nos encontramos con una variedad de definiciones que dificulta una simple comprensión, pues de todo de que se ha transmitido por la escritura o la tradición oral surgirán mil motivos para poder definir nuestro objeto: solía entenderse como tal la que leían círculos selectos como «resultado de unos gustos y principios digamos de escuela». Y aquí se presenta ya la concepción que cada uno pueda tener de esos modelos que se le ofrecen, pues, como bien señala don Francisco, «el *Decamerón* fue considerado como subliteratura, aunque no se emplease el término; y el *Quijote* no parece que tuvo muchas facilidades de acceso al Parnaso, en su tiempo». Los ejemplos podrían aumentarse fácilmente, aunque no sea buen criterio el de emitir juicios sobre literatura y subliteratura, que son deslizantes a lo largo del tiempo. Porque, y aquí entro yo con otras consideraciones a las que dan pie las alusiones que Ynduráin hace a los pliegos de cordel, estudiando una rica colección del Ayuntamiento de Málaga vine a descubrir que aquella literatura tanto tiempo desdeñada, había salvado nuestro gran teatro barroco: en papel delez-

nable, en impresiones descuidadas, en grabados repetidos, se habían hecho reducciones de nuestro teatro clásico que permitieron coordinar las obras del XVII con las creaciones románticas, y he aquí cómo una literatura socialmente desdeñada, lejos del refinamiento de los cultos y con muy escasa originalidad, venía a establecer una continuidad histórica que de otro modo no hubiera podido conservar sus secuencias. Pero añadido más, ese siglo XVIII con sus luchas contra la «inmoralidad» del teatro, pudo llegar a la supresión de las representaciones y la iglesia vino a crear —sociológicamente— dos tipos de representaciones: uno de corte italiano, como óperas religiosas, que constituían el ciclo de la Inmaculada, con arias, música de cámara y la presencia de Metastasio; por otra parte, el ciclo de la Navidad, con seguidillas, romances, rasgueos de guitarra que, halagando al pueblo de baja condición, recreaba una tradición que volvía a ligarse con la historia. ¿Hasta qué punto estas literaturas eran peores que las de los amañamientos más cultos? Y, como señala Ynduráin, el folletín entraría en Dickens, Balzac, Galdós o Baroja. Y bien lo hemos visto en Valle-Inclán, no sólo en su literatura por entregas, sino en la elaboración de obras literariamente muy valiosas, pero intencionadamente hechas con elementos de subliteratura: pensemos, por ejemplo, en el valor socioliterario que puedan tener los pliegos de cordel en el esperpento de *Los cuernos de don Friolera*, con su ambiente carcelario, su puerto mirando a África y su pliego de cordel. Es cierto, como dice Ynduráin, que «en la obra literaria *lato sensu* cabe observar la proyección de estructuras sociales, de contenidos y de programas, tanto si son resultado indeliberado como si responden a una intención propagandística en pro o en contra de lo que sea». Estas palabras tendrían una buena aplicación al desarrollo de la novela actual: Miguel Ángel Asturias publicó un ensayo sobre el *Aporte de la literatura a la sociolingüística* y en él hay palabras que coinciden con las del maestro navarro al considerar que la novela da a la sociología una información que no consta en las crónicas diarias, ni en la literatura grande, pues «en la medida en que la novela es creación artística, ofrece al sociólogo más campo de experimentación, pues el arte permite sin mengua aprovechar todos los elementos que se incluyen en él: leyendas, costumbres religiosas, modas, recetas de cocina, datos de medicina casera, vicios, dicharachos, injurias, crímenes... En una palabra, todo lo que a través de la intuición del autor, ha sido reducido a síntesis mientras que, separado, no es sino fragmentaria realidad y caótico recuerdo».

En segundo lugar considera Ynduráin el valor del mensaje literario, «el medio en que suele comunicarse, el libro». Aquí se incide en otro principio sociológico, el que estableció hace muchos años McLuhan cuando emitió su famoso aforismo «el medio es el mensaje», que vino a conformar «la entidad artística de la obra», tal y como «Parry nos ha dicho sobre épica popular y las *formulaic dictions*, recurso nacido de la manera del medio, y documentado en los largos poemas yugoeslavos, todavía recitados de memoria, o en las *chansons* y *gestas* francesas y españolas». Ynduráin ha llegado a los mismos resultados que William Donelli: si se acepta la afirmación de McLuhan resultará irrelevante la pregunta de Lasswell a la que ya he aludido: *quién dice qué a quién*, porque el *qué modo* decidirá los resultados, lo que nos pone —y sigo enlazado en el razonamiento de Ynduráin— ante el problema actual de los medios de comunicación, antes de suscitar otro, cuál es su «lengua», que acaba de saltar sobre el tapete y que nos llevaría tan lejos como establecer los diversos lenguajes de los medios, digamos de la literatura, de la radio, de la televisión, etc., aunque en este momento tendríamos que atenernos a la sociología del libro con sus mil implicaciones. Ynduráin se hace cargo de las ingeniosidades de McLuhan, según se escriba a mano o a máquina para obtener, inconscientemente, un nuevo estilo, que, a su vez, se modificará con el uso de los ordenadores y el fin de la galaxia Gutenberg habrá llegado. Don Francisco da ejemplos, pero, ruego al lector acepte mi propio testimonio. Estaba en mi remanso de paz llamado Albany y, a hora intempestiva, sonó el teléfono: «—¿España? —Sí, ¿en dos días? Sólo puede ser por fax. No nos falte en el centenario de *Blanco y Negro*». Sobresaltado fui a la biblioteca de su Universidad, iba pensando en lo que es mi costumbre: hace años no hay ficheros, sino ordenadores. Empiezo a trabajar (pulse *Cat*); elija el programa: marque el 4 de la ordenación temática. Lo tiene en pantalla: ahora, *Press*. Me quedo atónito *For, for, for* en un inacabable proceso. Todo lo que uno busque sobre la prensa está allí, almacenado: periodismo en general, ordenación por naciones, disposición por temas, ciudades con periódicos (de pronto salta Valladolid sobre el fondo negro), ideologías políticas, humor, antologías, resúmenes y sigue *For, for, for*. Estoy abrumado, ¿cómo en un sólo día organizar toda mi ignorancia para que vaya recibiendo haces de luz? De pronto, un titular luminoso en las letritas verdes y entonces recuerdo: *Azorín* empleó la pluma estilográfica cuando nadie la usaba todavía; le gustó escribir a máquina, cuando aún no se admitían los escritos mecanografiados. *Azorín* estaría

a gusto con estas innovaciones: silencioso ante este nuevo teclado y con la pantalla que se ilumina. Es verdad, *Azorín* escribió sobre cine y el titilar luminoso se ha detenido. Entonces ya no pongo *Bac* para retroceder en las listas, ni *Ind* para recuperar información, ni *CMD* para ampliarla. Simplemente *Cat* para empezar de nuevo y pulso la llamada a un programa diferente. Ahora es el 2: «*Azorín*, pseud. José Martínez Ruiz (1873-1967)». Las líneas van descendiendo poco a poco, marco el número 14: «*Obras Completas*. PQ 6623 A 816 1941 v. 1». Todo rápido y abrumadoramente fácil, sin grandes mamotreos ni fichas desdichadas. Ya no la pedantería de muchos nombres extranjeros conseguidos a costa de una organización envidiable. Ahora, sencillamente, un poco de artesanía. Y el investigador, investiga poco, y acaba escribiendo sobre algo que hace un momento no estaba en sus mientes. Don Francisco pregunta desde sus páginas: «¿Qué consecuencias formales traerá la electrónica para la literatura?». Y va respondiendo en sus páginas a mil cuestiones. (Me detengo un momento: trabajé sobre Alfonso el Sabio y envié mi estudio a José Manuel Blecua, otro gran nombre en mi Zaragoza. Me contestó, siempre contesta: «Se ve que trabajas fuera de España. Aquí jamás hubieras podido escribir ese artículo». Mis compañeros saben muy bien lo que cuento y nos quedamos silenciosos. Para trabajar sobre España tengo que irme fuera de España: primero fue Alemania; ahora, Estados Unidos). Sigo con las páginas de don Francisco, discos y casetes han cambiado todo, lo están cambiando aceleradamente, ¿la lírica es nuestra lírica?, ¿no se estudia durmiendo?, ¿el teatro no «se recibe en masa, no individual y solidariamente»?». Entonces surgen nuevos valores sociológicos que inciden sobre la literatura, la finura del análisis se impone («sociedad y público no coinciden exactamente») y el maestro, implacable, no cesa; ahora parte de la oposición entre *discurso* y *relato*: aristotélicamente *discurso* es la fábula; *relato*, el arte de narrar. Vienen Lucien Goldmann y György Lukacs. No sigo porque sería el cuento de nunca acabar. Ynduráin está en todo y en 1973, ¡hace más de veinte años!, había establecido todos los principios que he contado; un año antes, en la misma reunión en la que participó Miguel Ángel Asturias, había intentado poner orden en un problema acuciante, la *Crisis de la novela*. El trabajo no puede separarse del anterior, por más que el enfoque ahora sea más restringido, lo que no quiere decir de interés más limitado. No. Está con nosotros el Ynduráin de abrumadoras lecturas y, en un inmenso panorama de nombres y de relatos, llega a fijar cómo la trama de muchas novelas

actuales «está tomada de sucesos verídicos que constituyen el motivo principal, servido por un leve apresto novelesco». Se vuelve al principio, pero creando unos medios diferentes, digamos fantasía o realismo simbólico. Los caminos son muchísimos y aquí dejamos el *cómo* de los sociólogos en la pluma de un maestro de la historia literaria.

No tendría demasiado sentido desmenuzar trabajo por trabajo toda la producción de don Francisco Ynduráin. Creo suficiente con haber planteado los problemas desde una perspectiva general y tratar de obtener unas conclusiones de toda aquella obra. Obra, el magisterio al que tanto debemos todos; obra, el nuevo talante que trajo a la Facultad de Letras y obra, su independencia. Esto cae dentro de un mundo subjetivo del que podemos dar fe quienes muchas veces convivimos en su cercanía humana o en el aliento cordial que sus cartas nos traían. Pero queda la objetividad del trabajo. Lo he dicho en su momento: Ynduráin era un representante de la escuela española de Filología, que arranca de Menéndez Pidal. En lingüística permaneció siempre muy cercano al positivismo, aunque evolucionara, y no poco; en literatura, sus aportaciones fueron de una mayor complejidad.

Porque ser positivista cuando preparó su tesis doctoral es lo único que por entonces se podía ser en España. Pensemos en el gran Hugo Schuchardt que, con toda su genialidad, defendía el método descriptivo en lingüística, en el que se hermanarían la historia de la lengua y la psicología lingüística. Es aquí donde yo centraría el quehacer del Ynduráin más evolucionado, pienso por ejemplo en sus estudios sobre intensión en Quevedo o sobre madrileñismos o sobre el léxico taurino en Valle-Inclán. El positivismo inicial se iba inclinando hacia una estilística del habla tal y como postularía Bally. Pero esto era ir estando en su día, y acercándose a la concepción sociológica del lenguaje. La tesis doctoral del maestro estaba dentro del más ortodoxo rigor neogramático, lo que también es necesario. En su *Filosofía del lenguaje* y en un memorable curso de *Metodología filológica* que dio en la Universidad de Madrid (1930), Karl Vossler hacía ver cómo el positivismo es necesario: «Cada vez que se trata de averiguar los orígenes de un idioma, el método comparativo se recomienda, diríamos que casi se impone, en virtud de los servicios que realmente ha prestado ya». Claro que el método deja de ser útil «tan pronto como se plantea la cuestión de concebir la lengua en su actividad y en su progreso». Pertrechado de estos saberes, Ynduráin fue acercándose a Spitzer y

quedaron lejos el *Fuero de Navarra* o las etimologías del *Archivo de Filología Aragonesa*. Medio siglo después entendemos bien la evolución de su pensamiento como resultado de una actividad intelectual que no se detuvo en cómodas posturas y que le llevaron a desviarse de lo que habían sido sus inicios universitarios.

También en sus estudios literarios encontramos una evolución, pareja, pero mucho más acusada porque su obra de madurez se inclinó casi exclusivamente al estudio de las obras de arte como productos de especial —y complejo— interés. Porque tuvo, evidentemente, su período positivista: ahí quedan sus estudios sobre el teatro prelopesco (Huete, Palau), sobre Francisco de Arellano y su *Auto de la destrucción de Troya* (1574), sobre los poetas mayores del XV, sobre Pedro Saputo e incluso en un tema que siempre le fue muy querido: nuestras relaciones con la novela norteamericana. Esta revisión digamos erudita o positivista estuvo amparada por una serie de estudios estilísticos que fueron jalonando su quehacer: desde valoraciones nacidas en su espíritu lector (*Relección de la «Galatea», El Quijote y don Quijote, Por qué nos gusta el «Quijote»*, revisión de la poesía de Esteban Manuel de Villegas) hasta agudas interpretaciones como la que hizo sobre las *Variaciones en torno a una imagen poética: la garza, la Mística y poesía en San Juan de la Cruz* o *Una constante en la poesía de Antonio Machado* o el ensayo de interpretación de *La Corte de los Milagros*.

Evoco a un hombre que tuvo autoridad y doctrina. Condiciones ambas para convertirlo en maestro. Y él lo fue de modo insigne: desde aquellos días de la posguerra en que había que rehacer todo para dar continuidad a una historia que se nos había roto. No me gusta hablar del pasado triste, ni quiero hacer fáciles comparaciones. También veo que podríamos salir hoy bastante mal parados. Ynduráin vivió años malos, muy malos, pero esto no lo traslucía sino muy raramente: él cumplía con su deber (y con su vocación) y sabía que era bastante. Él nos salvó a todos. Después a nuestra Facultad vinieron Lacarra, Casas, Frutos y todo se enderezó.

Estoy hablando de hace medio siglo y, al pensar la historia vivida, siento una enorme responsabilidad. ¿Hemos hecho los que vinimos después todo lo que deberíamos haber hecho? Quisiera alcanzar benevolencia absolutoria, pero los mozos que por 1940 teníamos 17 años, lo bueno que hayamos podido hacer lo debemos a Blecua en el Instituto



Goya; a Ynduráin en la Facultad de Letras de Zaragoza. Por lo que a don Francisco atañe, de él aprendimos el rigor del trabajo, la independencia de criterio y el ser fieles a nuestra vocación. Todo lo demás se nos dio por añadidura. Yo fui alumno suyo desde el momento en que llegó a nuestra ciudad y gocé de su cariño más cordial. (Hoy que ambos están en su cielo quiero recordar una anécdota: mi padre, gran ajedrecista, fue a Jaca. Juan Lacasa había organizado un torneo o unas partidas simultáneas. Fue a Jaca. Yo estudiaba segundo curso de la carrera. Lacasa presentó Ynduráin a mi padre y don Francisco le habló de mí. Salí a recoger a mi padre a la estación y su felicidad rebosaba: gracias a Ynduráin, mi padre creyó que su hijo no se moriría de hambre, sería útil y saldría adelante. Si se han tropezado por el ancho cielo, acaso hayan recordado aquel encuentro. Otro tuvo lugar en mi casa: con mi padre muerto y don Francisco acompañándome con sus palabras de hombre bueno).

Como el día en que le ofrecimos el homenaje, hoy he traído un fajo de palabras verdaderas: las del alumno que tiene —lo dijo el maestro Covarrubias— al maestro como padre, las del discípulo que aprendió de él unas cuantas cosas para andar por el mundo y la soledad tristísima del último día en que hablé con él y en que me confiaba sus deseos de abandonarnos todo.